

del soldado que miraba, y le hizo caer de espaldas en la escalera.

Los sitiadores, al romper el cofre por varias partes, formaron dos especies de aspilleras; el Imano se aprovechó de una de ellas, por la que pasó el brazo y disparó el segundo tiro sobre un monton de sitiadores. La bala sin duda rebotó de uno en otro, porque se oyeron varios gritos, como si tres ó cuatro hubiesen sido muertos ó heridos, y en la escalera se promovió un gran tumulto de hombres en retirada.

El Imano arrojó las dos pistolas que acababa de descargar y tomó las dos restantes. Despues volvió á mirar por los agujeros del cofre.

Se quedó satisfecho del efecto que acababa de producir. Los sitiadores habian evacuado la escalera. Algunos moribundos se retorcian en los escalones. La vuelta de la espiral solo le permitia ver tres ó cuatro de éstos.

El Imano esperó.

—Así se gana tiempo, pensó para sí.

Entonces vió á un hombre que, arrastrándose, subia la escalera, y al mismo tiempo, más abajo, detrás del pilar central de la espiral, observó que un soldado sacaba la cabeza. El Imano apuntó á aquella cabeza y tiró. Resonó un grito, cayó el soldado, y el Imano pasó de la mano izquierda á la derecha la pistola que le quedaba cargada.

En aquel instante sintió espantoso dolor, y él fué el que á su vez lanzó un aullido horrible. Un sable le atravesaba; una mano, la del hombre que subia á gatas, acababa de pasar por una de las brechas del cofre y hundió la hoja del sable en el vientre del Imano.

Le atravesó el vientre de parte á parte.

El Imano no cayó, sin embargo, al primer golpe. Rechinó los dientes y dijo:

—Bien!...

Tambaleándose retrocedió hasta la antorcha que ardia al lado de la puerta de hierro, dejó en tierra la pistola, empuñó la antorcha, y sosteniéndose con la mano izquierda los intestinos que se le salian, con la derecha bajó la antorcha hasta la mecha azufrada.

El fuego se comunicó en seguida y la mecha alzó llama. El Imano soltó la antorcha, que continuó ardiendo en el suelo; recobró la pistola, y echado ya en tierra, atizó la mecha, soplando con el poco aliento que le quedaba.

La llama corrió, pasó por bajo de la

puerta de hierro y entró en el puente-castillejo.

Entonces, al ver realizado su execrable intento, más satisfecho quizás de su crimen que de su virtud, aquel hombre, que acababa de ser un héroe, se convirtió en un asesino; aquel hombre, que iba á morir, se sonrió satisfecho.

—Se acordarán de mí, murmuró. Con la muerte de sus niños vengo á nuestro niño, al rey que está en el Temple.

XIV.

Tambien el Imano se escapa.

En aquel instante resonó gran ruido; el cofre, empujado con violencia, se abrió con estrépito y dió paso á un hombre, que entró en la sala sable en mano.

—Soy yo, Radoub, que estoy aquí para habérmelas con quien quiera; me cansaba de esperar y me arriesgo. Acabo de espachurrar á uno y ahora os ataco á todos. Me es igual que me sigan ó no mis compañeros. Cuántos sois?

Era, en efecto, Radoub, y entraba solo. Despues del destrozo que el Imano hizo en la escalera, temiendo Gauvain que hubieran hecho los sitiados algun barreno, mandó replegar su gente y consultaba con Cimourdain lo que se habia de hacer.

Radoub, con el sable en la mano, dentro de la sala, en la oscuridad, porque la antorcha, casi extinguida, apenas alumbraba, dijo:

—Aquí hay uno; ¿cuántos sois vosotros?

Como nadie respondia, avanzó. Uno de esos resplandores vivos que arrojan durante pocos momentos los focos de luz agonizantes, salió de la antorcha é iluminó toda la sala.

Radoub se acercó á uno de los espejos colgados en la pared, miró su cara ensangrentada y su oreja colgando y exclamó:

—Horrorosa catadura!

Despues se volvió sorprendido al encontrar la sala vacía.

—No hay nadie! gritó. Efectivo, cero.

Entonces vió la piedra giratoria, las dos aberturas y la escalera.

—Ahora me lo explico, dijo; jefes del campamento, venid. ¡Venid, compañeros! Se fugaron! ¡Se han escurrido, se han volatilizado! Esta vieja colmena estaba hendida por una parte; aquí está el boquete por donde se afufó esa canalla. No hay aquí nadie!

Al concluir el sargento su monólogo sonó un pistoletazo, cuya bala pasó rozando el codo de Radoub y fué á estrellarse en la pared.

—Hola! exclamó el sargento; parece que queda alguno. ¿Quién es el que me ha saludado con tanta cortesía?

—Yo, contestó una voz.

Radoub se acercó hácia la voz, y en la penumbra distinguió el bulto del Imano.

—Ah! ya tropecé con uno. Los otros se han escapado, pero tú no te escaparás.

—Lo crees así? le preguntó el Imano.

—¿Quién eres, hombre, que te arrastras por el suelo?

—Uno que está en tierra y que se burla de los que están en pié.

—Qué tienes en esa mano?

—Una pistola.

—Y en la otra?

—Mis tripas.

—Eres mi prisionero.

—Ya lo veremos.

El Imano acercó la cara á la mecha en combustion, atizó el incendio con el último soplo de su vida y espiró.

Algunos instantes despues, Gauvain, Cimourdain y la tropa que les seguia penetraron en la sala. Vieron la abertura que dió paso á los fugitivos, registraron todos los rincones y la escalera, observando que ésta conducia á una salida que daba al barranco. Tomóse acta de la fuga: el Imano estaba muerto. Gauvain, con el farol en la mano, examinó la piedra giratoria, de la que habia oido hablar, pero cuya tradicion tenia por fábula. Observó que habia algo escrito en la piedra; acercó la luz y leyó estas palabras:

“Hasta la vista, señor vizconde.

LANTENAC.”

Guechamp vino á reunirse con Gauvain. Comprendieron que la persecucion seria inútil; la fuga estaba ya consumada, y los prófugos tenian, además, todo el pais en su favor, y las matas, los barrancos y las espesuras. Debian estar ya muy lejos, no habia medio de alcanzarles, y la selva de Fougères entera era un inmenso escondrijo. ¿Qué iban á hacer? Volver á empezar la lucha. Gauvain y Guechamp se comunicaban mutuamente sus decepciones y sus conjeturas.

Cimourdain les escuchaba con gravedad, sin decir una palabra.

—A propósito, Guechamp, dijo Gauvain, y la escalera?

—Mi comandante, no ha llegado aun.

—¿Pues no vimos venir un carro escoltado por gendarmes?

—Pero no traia la escalera.

—Pues qué traia?

—La guillotina, contestó Cimourdain.

XV.

No deben ponerse en el mismo bolsillo el reloj y la llave.

El marqués de Lantenac no estaba tan lejos como creian los republicanos, pero estaba seguro y fuera de su alcance. Salió de la torre siguiendo á Halmalo.

La escalera por donde bajaron en pos de los demás fugitivos terminaba en un estrecho pasadizo abovedado, cerca del barranco y de los arcos del puente. Aquel pasadizo desembocaba en una grieta profunda del suelo, que por un lado daba al barranco y por el otro á lo espeso del bosque, grieta oculta á todas las miradas y que serpeaba bajo una vegetacion impenetrable. Era imposible coger en ella á nadie; en ella el fugitivo solo tenia que hacer un movimiento de culebra, y era imposible encontrarle. La entrada del pasadizo secreto de la escalera estaba tan obstruida por las zarzas, que sus constructores consideraron inútil cerrarla por otros medios.

El marqués, para alejarse de aquellos sitios, no necesitaba disfraz, porque desde que llegó á Bretaña no se quitó el traje de campesino. Se limitó á quitarse la espada, cuyo cinturón desabrochó y tiró en tierra.

Cuando Halmalo y Lantenac desembocaron por el pasadizo, los otros cinco fugitivos ya no estaban allí.

—No han tardado en emprender el vuelo, dijo Halmalo.

—Imítalos tú, le contestó el marqués.

—Monseñor quiere que le deje solo?

—Sí, ya te lo dije; de este modo se facilita la fuga, pues por donde uno pasa, muchas veces no pueden pasar dos; juntos llamaríamos la atencion y nos perderíamos mutuamente.

—El señor conoce el pais?

—Sí.

—¿Nos reuniremos en la Piedra-Gauvain?

—Sí, mañana á las doce.

—Allí iré.

Despues Halmalo añadió:

—Recuerdo ahora cuando nos encontramos solos en alta mar, que quise mataros siendo mi señor, que pudisteis

decirme vuestro nombre y que, sin embargo, no me lo dijisteis... ¡Sois un hombre extraordinario!

El marqués, pensativo, exclamó, como hablando consigo mismo:

—La Inglaterra! No nos queda otro recurso. Es preciso que dentro de quince días estén los ingleses en Francia.

—Tengo muchas cuentas que rendir al señor; he desempeñado sus encargos.

—Mañana hablaremos de todo esto.

—Hasta mañana, señor.

—A propósito; tienes apetito?

—Mucho, pues por llegar á tiempo no he comido nada en todo el día.

El marqués sacó del bolsillo una tablilla de chocolate, la partió en dos pedazos, dió uno á Halmalo y se puso á comer el otro.

—Señor, á vuestra derecha está el barranco y á vuestra izquierda el bosque.

—Está bien. Déjame: vete.

Halmalo obedeció y se perdió en la oscuridad. Oyóse ruido de ramas removidas y después nada. Al cabo de algunos segundos hubiera sido imposible seguirle la pista. El terreno de Bocage, tan intrincado y tan frondoso, era el gran auxiliar del fugitivo, que no se podía decir que desaparecía, sino que se disipaba. Esta facilidad de dispersión rápida hacia vacilar á un ejército en la Vendée.

El marqués permaneció inmóvil. Era de los hombres que ponen empeño en ser estóicos; pero no pudo sustraerse á la emoción de respirar el aire libre, después de haber aspirado el ambiente de la sangre y de la carnicería. Era motivo más que suficiente para experimentar cierta sacudida nerviosa, hasta para hombres como Lantenac, verse completamente salvados después de haberse visto completamente perdidos; y aunque había pasado ya por situaciones semejantes, no pudo impedir que sintiese su alma imperturbable una conmoción durante algunos minutos. Confesóse á sí mismo que estaba satisfecho, pero dominó pronto esta sensación, parecida á la alegría.

Sacó el reloj de repetición y le hizo tocar. Quería saber la hora que era.

Con sorpresa supo que no eran más que las diez. Cuando se acaba de pasar por una de esas peripecias de la vida humana en las que todo se aventura, nos extrañamos que instantes tan llenos de acontecimientos no sean más largos que los demás.

Dispararon el cañonazo de aviso un poco antes de la puesta del sol y embistió á la Tourgne la columna de ataque

media hora después, al anoecer, entre las siete y las ocho. Es decir, que el colosal combate, que empezó á las ocho, concluyó á las diez; que toda aquella epopeya solo duró ciento veinte minutos. A veces suceden las catástrofes con la rapidez del rayo. Los acontecimientos tienen estas condensaciones sorprendentes.

Reflexionando sobre esto, se comprende que lo que debía asombrar no era que el combate hubiera durado poco, sino que hubiera durado tanto. La resistencia de dos horas de tan pocos hombres contra tan gran número de combatientes era realmente extraordinaria, y no puede decirse que fué corta la batalla empeñada por diez y nueve contra cuatro mil.

Entre tanto, pensando el marqués que Halmalo debía estar lejos, juzgó que ya era tiempo de abandonar aquel sitio, no teniendo además necesidad de permanecer en él. Volvió á meter el reloj en el bolsillo, pero no en el mismo, porque acababa de fijarse en que estaba en contacto con la llave de hierro que le entregó el Imano, y era fácil que chocase con el cristal y le rompiera. Hecho esto se dispuso á internarse en el bosque, pero al volverse hácia la izquierda le pareció distinguir vaga claridad.

Detúvose, y mirando al través de las matas que se destacaban sobre un fondo rojo, que hacia visibles hasta sus menores detalles, observó gran resplandor en el barranco, del que le separaban pocos pasos. Marchó primero hácia él, pero después se contuvo, juzgando inconveniente hacerse visible á la luz, que cualquiera que ésta fuese le importaba poco, y tomó la dirección que le indicó Halmalo. Empezó á internarse en el bosque.

De repente, encontrándose profundamente emboscado en la maleza y oculto entre las zarzas, oyó por encima de su cabeza un grito terrible, un grito que parecía salir del reborde mismo de la meseta, sobre el barranco. El marqués se paró y levantó los ojos.

LIBRO QUINTO

In Dæmone Deus.

I.

Hallados, pero perdidos.

Quando Micaela Flechard vió la torre iluminada por el sol poniente, aun

le faltaba media legua para llegar á ella. Aunque apenas podía andar, emprendió de nuevo el camino al ver próximo ya el término de su viaje. Las mujeres son débiles, pero las madres son fuertes.

El sol se había ya ocultado. Tras el crepúsculo llegó la oscuridad profunda, y Micaela, sin detener la marcha, oyó sonar á lo lejos, en el reloj de invisible campanario, las ocho primero y después las nueve de la noche. Aquel campanario sería probablemente el de Parigné. De vez en cuando se paraba Micaela para oír sordas detonaciones, que tomó acaso por vagos ruidos de la noche.

Avanzaba sin cesar, guiada por la débil claridad que despedía la fortaleza lejana, que resaltaba en la oscuridad, dando irradiación misteriosa á la torre; dicha irradiación era más viva cuanto más se oían las detonaciones, y después se amortiguaba.

La vasta meseta por donde Micaela caminaba solo contenía yerba y brezos; no se distinguía en toda ella ni un árbol ni una casa. Lo que en esta ascensión sostenía las fuerzas de la madre era tener siempre á la vista la torre, cuya magnitud crecía á medida que se aproximaba á ella.

Las detonaciones sordas y los pálidos resplandores que salían de la torre tenían intermitencias, como acabamos de decir; se interrumpían y volvían á oírse, proponiendo no sé qué doloroso enigma á la desconsolada madre. De repente cesaron y todo se extinguió, ruido y claridad, y reinó allí un momento de absoluto silencio, una especie de tranquilidad lúgubre.

En aquel instante llegaba Micaela al extremo de la meseta; vió á sus piés un barranco, cuyo fondo se perdía en la espesura de las tinieblas; vió á cierta distancia, en lo más elevado de la meseta, una confusión de ruedas, de parapetos y de troneras que constituían una batería, y alumbrado confusamente por las mechas encendidas de los artilleros un enorme edificio, que parecía construido de sombra más negra que la que le rodeaba.

Aquel edificio se componía de un puente, cuyos arcos se hundían en el barranco, y una especie de castillo que se elevaba sobre el puente, y castillo y puente se apoyaban en un altísimo cilindro, que era la torre, hácia la que se dirigía Micaela.

Veía ésta pasar luces en todas las direcciones por las troneras de la torre, y

conoció por el rumor que de ella salía que estaba llena de multitud de hombres, de los que le pareció ver algunos contornos en los pisos altos y hasta en la plataforma.

Cerca de la batería había tropa acampada; Micaela distinguía á los centinelas del campamento, pero éstos no la veían á ella, por impedirse las malezas y la oscuridad.

Llegó al fin de la meseta y tan cerca del puente, que solo la separaba de él la profundidad del barranco; veía á pesar de la oscuridad los tres pisos del castillejo.

Micaela Flechard permaneció largo rato absorta y muda ante aquel barranco profundo y ante aquel edificio tenebroso. Qué era aquello? ¿Qué sucedía allí? ¿Era efectivamente la torre de Tourgne? Sufrió el vértigo de no sé qué incierta expectativa parecida á la de la llegada y á la de la partida, y se preguntaba á sí misma por qué estaba allí.

Miraba y escuchaba.

De pronto ya no vió nada. Un velo de humo subía desplegándose entre ella y la torre; acre picazón la obligó á cerrar los ojos; apenas cerró los párpados, éstos se enrojecieron por efecto de súbita luz que la hizo abrir las pupilas.

Era la claridad del día y no la oscuridad de la noche lo que tenía ante la vista, pero una claridad funesta, la claridad que procede del fuego. Presenciaba el principio de un incendio.

El humo, negro al principio, adquirió poco á poco el color de escarlata; una gran llama se levantaba en el interior, que aparecía y desaparecía, formando las torsiones feroces propias de los relámpagos y de las serpientes.

La llama salía como una lengua de un boquete que parecía boca y que era una ventana llena de fuego; aquella ventana, cerrada con reja de hierro ya enrojecida, era una de las del piso inferior del castillejo, construido sobre el puente. Del edificio solo se veía la ventana; el humo lo cubría todo, hasta la meseta, y solo se veía el borde del barranco, negro, destacándose sobre llamas rojizas.

Micaela Flechard contemplaba aquella escena con asombro. El humo es nube y la nube es sueño, y ella no tenía conciencia de lo que veía. Debía huir? ¿Debía permanecer allí? Se creía estar fuera del mundo de la realidad.

Una ráfaga de viento pasó rasgando la cortina de humo, y al descorrer aquel